

Juan Godoy



NARRATIVA COMPLETA

Juan Godoy



NARRATIVA COMPLETA





Juan Godoy, apunte de Israel Roa

Indice

- Novelas
 - Angurrientos Novela -1940-
 - La cifra solitaria Novela -1945-
 - Sangre de murciélago Novela -1959-
 - El impedido (Nouvelle) -1968-
- Cuentos
 - El gato de la maestranza y otros cuentos 1952-

Prefacio

Propósitos preliminares a un reencuentro con la obra narrativa de Juan Godoy

Por Waldo Rojas

Nacido en Chillán el 7 de junio de 1911, el novelista Juan Godoy Corbalán falleció en Santiago a comienzos de enero de 1981, al cabo de un repentino trastorno de salud, poco antes de entrar en sus setenta de edad. Si bien la persona del escritor, hombre de deambulación urbana y de sostenida sociabilidad de bar, su nombre, en el ámbito literario público, como por lo demás el de otros notables escritores de su generación, se había ido recluyendo en un cobijo legendario, difuminado, es cierto, pero sin esfumarse del todo de la ya frágil memoria cultural chilena que el borrón y cuenta nueva del régimen militar contaba dar de baja junto con el pasado democrático del país.

Vino a resultar, por lo mismo, el hecho doblemente inusitado de toda una serie de notas y artículos de prensa aparecidos a partir del día siguiente mismo de conocida la fecha de la muerte del creador del «angurrientismo» literario chileno. Propósitos todos amparados en un cierto sentir de pesadumbre ordinaria ante la desaparición de un escritor meritorio, y de menos usual compunción, un si es no es culposo, por el hecho de haber sido su partida la ocasión tardía de restituir su figura en el debido sitio del horizonte de nuestras letras.

«Un Maestro», intitula con significativa concisión su crónica emotiva el poeta Miguel Arteche, ex alumno suyo del Instituto Nacional, evocando un encuentro casual de pocos meses antes:

Pensé en 1942 ó 1943. Pensé cómo él me había enseñado -entonces no lo sabía- el amor por la palabra. Pensé en esos años, cuando ni siquiera había pasado por mí la idea de escribir un solo verso. Pensé, después de todo, que nunca se sabe a quién se debe lo mejor que hay en nosotros. Pensé que si alguien se salva, lo debe a veces, a un solo gesto, a esa anónima voz que en cierto día perdido, en horas de desesperación, alguien, tal vez el más humilde, dejó en uno. (...) Así con él. No por ser anónimo -ni mucho menos- sino por creer yo que mi continua lucha con la palabra, para vencerla, la debía a otros, y no, en parte, a su lección. Él, que era -en ese tiempo-, y lo es, uno de los mejores escritores de Chile. Él, que fue postergado y silenciado por otros que no valían lo que él valía, ni tenían su talento, y hasta disfrazaban su mediocridad detrás de la mala política¹.

Luis Sánchez Latorre, Filebo, entonces presidente de la Sociedad de Escritores de Chile, escribe por su parte:

(...) a las cinco y media de la tarde, se derrumbó sin aviso esa institución mitológica de nuestra literatura secreta que fue Juan Godoy. Un documento inteligente y amplio del decir popular chileno en los fueros del idioma de Castilla. Sobreviviente de mil hecatombes de Dionisos, parecía destinado a la muerte abrupta en la calle, 'rúa mordida de trumao', o a quebrar sus huesos en el simposio delirante.

No. Decididamente no. Juan Godoy murió en la cama, acribillado por la bronquitis y las toses, ay, que, entre cigarrillo y cigarrillo, lo iban desgarrando. (...) Profesor de la Escuela Nacional de Artes Gráficas (la única, la primera que fundó el gran Gómez Matus), profesor del Instituto Nacional (¡vaya qué

establecimiento este último, *merde!*, porque, ¿dónde encontrar más rango? Juan Godoy ganaba el asombro y la reverencia de sus alumnos. Demostraba el movimiento andando. De Berceo a Neruda, su versación no tenía fondo. Era el más grande.

A sus bienes pingües sumó la pobreza digna y memorable de una existencia engallada, sólida, firme, como su 'apetencia vital de estilo'. Si le echamos poca tierra -concluye Filebo-, volverá a resucitar...

Como algunos de sus contemporáneos más o menos próximos en edad y opciones de pluma, Alenor Guerrero, por ejemplo, se suma a estos homenajes póstumos de espontánea, franca, sinceridad:

Juan Godoy había ingresado a la posteridad hacía ya mucho tiempo, acaso cuando escribiera su primer libro: *Angurrientos* (...). Juan Godoy debió obtener el Premio Nacional de Literatura. Nunca aspiró seriamente a él. Ya le habían dado el premio los críticos: considerarlo el mejor estilista de la literatura chilena.

O el mismo Edmundo de la Parra, uno de los fundadores, en 1941, del Teatro Experimental de la Universidad:

Y qué decir del fabuloso Juan Godoy (...) Una mente analítica, para hacer del lenguaje una perfección, una permanente sonata de estilo y belleza, gozador de la palabra y del pensar.

O bien un periodista buen conocedor y frecuentador de la noche santiaguina, como Raúl Morales Álvarez, quien concluye su crónica:

Al filo de (su obra), a la vista de todos, Juan Godoy se revela como el más excelente escritor de su generación, el mejor de los mejores, sin ninguna duda, en el manejo del idioma y del estilo, el hechizo verbal donde Juan Godoy continúa existiendo, en el goce de una completa vida eterna.

Y también, no menos pertinente, el recuerdo de Jorge Arrate, ex alumno del Instituto Nacional, quien fuera ministro de Educación y del Trabajo durante los gobiernos de Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle, en su intervención con motivo de la tercera edición de *Angurrientos*, en 1996:

Yo el recuerdo que tengo es su modo de andar... su rostro, una boina y los complementos directos e indirectos. Yo me sentaba en el marco de las ventanas porque no había pupitre para mí cuando asistía todo el curso. Cuando faltaba alguien yo me sentaba en el asiento del que faltaba. Y no me he olvidado, aunque recién con el curso de los años y del tiempo le he dado su real significado. Una vez que no tuve asiento en el pupitre, Don Juan Godoy tomó su silla la puso al lado de un pupitre y me la ofreció para que me sentara. Era un hombre que siempre se preocupó no por los que tienen pupitre, sino por los que se sientan en el marco de las ventanas.

Las coincidencias de apreciación póstuma de la persona y obra del escritor Juan Godoy, de parte de personas de edades diferentes o disímil inserción en el ámbito cultural chileno, tendría de qué sorprender. De hecho dan testimonio de un autor que fuera conocido ampliamente no sólo por su especial forma de sociabilidad, como fuera la suya, sino leído desde temprano, incluso antes de que su primera novela fuese editada. Se sabe, en efecto que en

aquel ambiente polémico de puesta en cuestión de vastas dimensiones de la realidad social y cultural chilena que va a caracterizar los últimos años del decenio de 1938, Juan Godoy había concluido hacia 1939 el manuscrito de su *Angurrientos*, y hecho circular entre sus amigos y colegas más cercanos antes de ser publicada en 1940. Su acogida, como también se sabe, fue inmediata entre lectores de ese momento también muy diversos.

Valga citar *in extenso* una de las primeras reseñas críticas publicadas sobre la segunda edición de *Angurrientos*, debida al profesor Cedomil Goic:

Juan Godoy (1911) es uno de los más notables novelistas de su generación. Su obra conocida se inicia con la publicación de *Angurrientos* (1940), novela que tiene ahora, veinte años después, su segunda edición. A esta novela siguió *La cifra solitaria* (1945), donde se aligera, se poetiza más y se llena de encanto su mundo novelesco. *Un inspector de sanidad* (1950) y *El gato de la maestranza* (1952) son libros de cuentos llenos de humor y poesía, de ternura y sentimiento. Finalmente, *Sangre de murciélago* (1959) remata, en el año que corre, estos veinte años de labor creadora, constante y valiosa.

Angurrientos, novela un mundo de ultramapocho, trans-cristobalino; escenario popularísimo de miserables galleros, hampones, abasteros, albañiles o picapedreros. Esta preferencia de Godoy es también de su generación, cuya nota popularista, plebeyista, le es grandemente peculiar. Pero Godoy no ha hecho realismo social y ésta es su virtud propia y diferencial. (...) Su prosa narrativa, de proliferante imaginería y matizado estilo, de acentuada propensión pictórica - prosigue C. Goic-, desenvuelve con eficacia el mundo sensual en que se ocupa. La condición de estilista de

que goza Juan Godoy es única en su generación. Tiene un real dominio y conocimiento del idioma y de sus posibilidades, de la lengua culta y de la popular. Ningún escritor de su generación, embarcado en la imaginería que caracteriza a la novela de un extenso período, consiguió triunfar sobre la materia como Godoy. En cambio, lo frecuente es el abuso de una imaginería trabajosa, ineficaz, pintoresca, que suele conceder a la prosa, al tono y a la perspectiva narrativa una rara siutiquería. El empleo de esta prosa pasa por ser un rasgo generacional en la novela del 38 o 40.

A veinte años de su primera edición, *Angurrientos* aparece como una obra representativa de nuestra historia literaria, señalando, en su forma óptima, las preferencias que se harían comunes a una generación².

En fechas ya más recientes, el profesor Román Soto apunta en un vasto ensayo crítico:

Se lee *Angurrientos* (...) como las voces que se oyen en la calle o entre las mesas de un bar. La novela de Godoy es una novela callejera y de taberna: allí reside su poderosa y cautivante ambivalencia. Une tanto la vitalidad, el movimiento, los aromas y las formas de la calle, y la suciedad y colorido de los depósitos de vino clandestinos, como su precario, pero perversamente atrayente, desamparo. *Angurrientos* es una novela sensual (...), carnavalescamente grotesca. Apela constantemente a los sentidos: sus metáforas (...) construyen cuadros que integran diversas relaciones sinestésicas que unen lo visual con lo táctil, lo auditivo, lo olfatorio y el gusto: lo sexual³.

Esta novela, como es cosa sabida y aceptada, dará rápidamente origen a una nueva corriente de nuestra narrativa chilena. En cuanto a la procedencia y significados de dicho término «angurriente», el profesor Luis Muñoz, en su diccionario de movimientos y grupos literarios chilenos, lo explica como una «invención» del autor proveniente del chilenismo «angurriente», el que tiene como significado «hambre canina», «hambre del pueblo». Godoy transfiere dicha interpretación hacia el ámbito espiritual e intelectual, en donde el «angurrientismo» se transformaría en una percepción abarcadora y comprensiva de lo humano, de su «apetencia vital de estilo».

Sin entrar en precisiones de orden técnico literario, se puede avanzar que lo propio de la escritura planteado en la novela de Juan Godoy redundaba en descoyuntar el orden narrativo y las premisas secuenciales de la corriente «criollista», a la que en cierto modo la obra de Godoy tendía a poner término. Al decir de Víctor Hernández, en su «Aproximación a Juan Godoy y la Generación del 38», el trabajo literario de Godoy se basa en un cierto «orden desordenado» y, citando un propósito de Román Soto, agrega que en el caso de «Angurrientos se lee o más bien se la escucha, como las voces que se oyen en la calle o entre las mesas de un bar»⁴. Por otra parte -prosigue Hernández-, se enfatiza socialmente el concepto del Roto y ello atraviesa toda la obra de Godoy. Pero a diferencia de otros autores que suelen polemizar en torno a la figura de este personaje popular chileno, en muchos casos ridiculizándolo, en Godoy, en cambio, el Roto adquiere dimensiones continentales»⁵.

El tema socio, cultural de dicho personaje había sido objeto de un ensayo de Juan Godoy paralelo a la novelización del «angurriente»:

Para una comprensión del roto, fuera menester escarmenar un conjunto de circunstancias

geográficas, históricas, económicas, de raza, etc. -¿A qué llevarían tales cosas?- y diferenciar los productos sociológicos de ellos derivados. Acaso obtuviéramos un resultado científico, muy objetivo, pero ¿cómo separar lo que el roto es de lo que pensamos es el roto? ¿Cómo separar nuestro ser real que somos en sí, de nuestra voluntad de ser o no ser? Sin embargo, cada chileno tiene una vivencia del roto y distingue lo auténtico «rotuno» de lo que es falsificación y límite. (...). El roto tiene un origen campesino. Pero es un producto de selección. Quiso ver lo que pasaba más allá de los rincones de su campo. No lo limitaron los horizontes. No vio la cordillera como problema sino como una pura ola muerta. ¡En nuestro Chile, que es como un gran surco de olas! Rebelde de las encomiendas, cae en el bandidaje o huye del campo a los grandes minerales de esta tierra.

El huaso es limitado, torpe, suspicaz. Su sentido de la propiedad se le ha hincado en la carne. A causa de su labor agrícola, lo caracteriza su previsión económica. Vive para la tierra y sus animales. Arranca sus fuerzas de la tierra.

El roto saca de sí mismo todas sus riquezas. Se tiene. Es dueño de sí. Por esto es capaz de todos los heroísmos. Se le encuentra en el fondo de las minas de carbón. O despanzurrando la pampa trágica. En todos los minerales. Y las fábricas. Es un borbotón de vida domeñando las fuerzas ciegas de la materia inerte.

El huaso vive domeñando a la propia vida.

El roto, el costino y el minero, son hermanos trágicos. Viven el instante. Exponiendo sus vidas. Son dueños

de sí. Dueños de nada»⁶.

La condición de «angurriente», percepción abarcadora y comprensiva de lo humano, de su «apetencia vital de estilo», concierne, sin embargo, en el cuerpo de *Sangre de murciélago*, una gama social amplia y en cierto modo vertical. Hospedados en el recinto del «Instituto de Toxicómanos» o «Instituto de Reeducción Mental», los personajes de esta tercera novela de Juan Godoy en su disparidad y multitud se avienen en una común apetencia dipsómana:

Toxicómanos, bebedores pantagruélicos -escribe Jorge Jobet-, Juan Godoy es uno de ellos. Su embriaguez adquiere los contornos de lo nacional. No pudo ser reeducado. Bebe como de costumbre, echado a la espalda el fracaso de la teoría freudiana, del psicoanálisis, de la psicología terapéutica, de los pobres recursos de la ciencia médica. Novela en parte autobiográfica, espesa y clara, deforme y clásica, idealista y tétrica, como una inmensa borrachera que pasa por todos los grados de la ilusión y la catástrofe, contada con la serenidad rural del paisaje y con la fuerza atormentada de la inteligencia herida por el ramalazo de los vinos anteriores. Grupo de alcohólicos de elevado nivel intelectual. Artistas, médicos, profesores, carabineros de alta graduación, funcionarios especializados y otros de parecido linaje.

El título de la novela remeda el apodo dado al personaje de un marginal dipsómano, y alude a la virtud curativa legendaria de la sangre del quiróptero, entre otros males el del «horrendo problema del alcoholismo que roe a nuestro pueblo». En cierto modo el narrador central hace acopio de vivencias o contenidos de conciencia autobiográficos y se desdobra a través de esos mismos ecos en cada uno de sus

interlocutores: les presta su lenguaje. A lo largo de toda la novela abunda justamente en un léxico de voces (sustantivos, adjetivos, verbos) colectadas de un castellano selecto, clásico, formas inusitadas en los usos de nuestra prosa narrativa, como es asimismo el empleo aquí frecuente de pronombres enclíticos o el recurso del voseo reverencial en el curso de pláticas ordinarias.

Por eso -prosigue Jobet-:«No debe extrañar la naturaleza insólita, ingeniosa, irónica, trascendental del diálogo de estos alcohólicos que, al igual que los locos, en las noches “tejían -arañas mentales- sus sueños invisibles”, y en cuyo cerebro anidaba un pájaro de helado fuego»⁷.

A la distancia temporal que nos separa de 1949, y por entonces a cuatro años de la primera edición de *La cifra solitaria*, Pablo García, narrador y poeta, concluía su propósito sobre el lugar que la literatura nacional debía acordar a Juan Godoy, a su terreno ya conquistado y por conquistar: «Bien está labrando Juan Godoy el pedestal de su posteridad. Yo espero verle algún día entre los primeros prosistas del idioma. Lo es ya. Pero el reconocimiento de las multitudes es lento y avanza de generación en generación. El tiempo es el mejor juez. No nos apresuremos: démosle tiempo al tiempo»⁸. Palabras premonitorias pues las obras literarias son su, sus, lecturas. Y ese tiempo ha llegado bajo la forma de un encuentro/reencuentro al pie de aquel pedestal, que es ahora el tomo de toda su obra reunida.

¹ Miguel, Arteché. «Un maestro» *Las Últ* muerte para que, Dios lo quiera, vuelvan a reeditarse sus libros, como lo pedí en 1974, sin que nadie se enterara? ¿Será ese gran desconocido de nuestra literatura, él, cuya prodigiosa palabra tenía, y tiene, textura de plata como para

acercarlo a otro, de su mismo nombre de pila y apellido?» (Alusión, si hace falta decirlo, al pastor descubridor del mineral de plata de Chañarcillo, en 1832).

² Cedomil Goic, *La Unión de Valparaíso*, Revista de libros, 6 de diciembre de 1959.

³ «Angurrientos de Juan Godoy»; <http://www.romansoto.com/escritos/index.php?code=angurrientos>.

⁴ Román Soto, «Angurrientos de Juan Godoy: rotos, indeterminación, sexualidad y un nuevo verosímil» Revista *Mapocho*, 1992.

⁵ Víctor Hernández, «Aproximación a Juan Godoy y la Generación del 38».

⁶ «Breve ensayo sobre el Roto», Revista *Atenea* CLXIII, Concepción, enero de 1939.

⁷ Jorge Jobet, «Algo sobre *Sangre de Murciélago*, otra novela» de Juan Godoy». Prólogo a *El impedido*, 1968.

⁸ Pablo García, *Atenea*. Julio - Agosto 1949.

Testimonios

Sensibles al anuncio de la reedición de la obra narrativa de Juan Godoy, varios ex alumnos suyos o personas que lo trataron, personalidades de las artes, la literatura o la enseñanza superior, han querido asociarse a este evento a través de testimonios personales sobre la obra y la persona del fundador del angurrientismo.

Jorge Guzmán

Fui su alumno en el Instituto Nacional, junto con León Schidlowsky (Premio Nacional de Música), Guillermo Núñez (Premio Nacional de Artes Plásticas) y Eduardo Martínez Bonati (pintor de reconocimiento mundial). Creo que los cuatro le debemos mucho a las clases de Juan, pero su mayor deudor soy yo. Empecé a escribir bajo la influencia de la lectura de su novela *Angurrientos*. Me pareció deslumbrante que el lenguaje pudiera ser usado de esa manera. Creo que es uno de los hombres más inteligentes y cultos que haya conocido nunca. Recuerdo aún hoy la conferencia que nos dio (hace más de medio siglo) cuando le preguntamos qué era la dialéctica. Sus clases eran inspiradoras, por decir lo menos, además de muy informativas y formativas. Tenía una espontaneidad ejemplar; en una de sus clases un alumno puso a funcionar un giróscopo de juguete, que ocultó cuando Juan lo increpó y hubo de mostrarlo cuando se lo ordenó con voz muy amenazadora, y luego lo puso a funcionar; el maestro miró bailar el aparato en la punta de un lápiz y dijo alegremente: «¡Qué bonito! Yo soy un hombre que no tuvo infancia. Hágalo girar de nuevo, por favor».

Jorge Guzmán (1930), narrador y académico vinculado a la Universidad de Chile, luego de cursar la secundaria en el Instituto Nacional, donde participó en la Academia de Letras del plantel. Ingresó luego a estudiar Pedagogía en Castellano en la Universidad de Chile y más tarde realizó un doctorado en Filología Románica en la Universidad de Iowa, Estados Unidos. Guzmán ha sido merecedor de importantes distinciones: Premio «Academia», el Premio Municipal de Literatura, el del Consejo del Libro, el Municipal de Novela y el Jaén de Literatura (España), entre otros. La obra de Guzmán comporta textos teóricos y literarios. Entre los primeros, ensayos como *Diferencias latinoamericanas: Mistral, Carpentier, García Márquez, Puig* (1984), y *Contra el secreto profesional: lectura mestiza de César Vallejo* (1991). Constituyen su obra narrativa cuentos y novelas como *Job Boj* (1967), *Ay mama Inés* (1993), *La ley del gallinero* (1999), *Cuando florece la higuera* (2003), *Deus Machi* (2010) y *Cuerpos* (2014).

Guillermo Núñez

Si dejamos de lado, y olvidamos la escondida intención de herir a su maestro, la opinión de Herder sobre Kant, podemos utilizarla para, agradecidos y ahora salida desde el corazón, manifestar nuestra estima y afecto a nuestro antiguo maestro Juan Godoy:

«Nada digno de ser sabido le era indiferente. Cuando se trataba de extender e iluminar la verdad, ninguna intriga, ninguna secta, ningún prejuicio, ningún afán por adquirir renombre lo afectaba. Excitaba y forzaba agradablemente a que cada uno pensara por sí mismo: el despotismo era extraño a su espíritu. Este hombre que menciono con el más grande respeto y reconocimiento, es Immanuel Kant».

Para mí, también se llama Juan Godoy, el escritor, el maestro querido.

Juan Godoy les dio alas a nuestras ansias de ir más lejos que nuestro cotidiano escolar en el Instituto Nacional. Juan Godoy, prosista refinado, culto a más no poder, supo guiar nuestros balbuceos por descubrir la belleza, adentrarnos en la poesía, el arte, la literatura.

Buscó envenenarnos con la belleza según sus propias palabras.

Estaré siempre agradecido de ese veneno que, para mí, ha sido agua lustral, bautismo, fermento, germen de todo lo que soy ahora: preguntarme, interrogarme siempre y saber mirar el mundo con ojos de niño asustado y curioso.

Ahora echo de menos, me hace falta ese país que vivimos junto a él, el país que nos hicieron pedazos, el país en que vivió este fino y sabio amante de lo bello, la buena mesa, los libros y el vino a borbotones, como los poetas y maestros zen de la Antigüedad. Juan Godoy partió antes y no alcanzó a ver estas ruinas: supo coger la luna sin ahogarse.

(Santiago de Chile, Febrero de 2018).

Guillermo Núñez (1930), pintor, estudió en la Escuela de Teatro, y luego de la Escuela de Bellas Artes, en la Universidad de Chile, en donde fue alumno de Gregorio de la Fuente y de Pablo Burchard. Profundizó en París su formación artística en la Academia Grand Chaumiére y en la Biblioteca del Arsenal y de la Opera. En esta ciudad conoció a Roberto Matta, quien influiría en los inicios de su trabajo. Más tarde, se trasladó a Checoslovaquia, donde estudió grabado en la UMPRUM, Alta Escuela de Artes Aplicadas de Praga, en 1959. En 1971, ejerció como director del Museo de Arte Contemporáneo de Santiago. Víctima de la represión

de parte de la dictadura militar, Núñez debió partir al exilio a Francia, donde residió durante doce años. Su obra ha circulado por museos y galerías de Cuba, Estados Unidos, Francia, Alemania y Suiza, entre otros países. Su extensa trayectoria fue reconocida en el año 2007 con el Premio Nacional de Artes Plásticas, galardón oficial que se suma a numerosas recompensas recibidas en Chile y el extranjero en los diversos campos de su creación.

Grínor Rojo de la Rosa

No fui alumno de Juan Godoy, pero lo escuché leer sus textos más de una vez, en la Academia de Letras Castellanas del Instituto Nacional. Yo era un mocoso de catorce o quince años, que había decidido ser escritor. Oír a don Juan leer «El gato de la maestranza» o algún capítulo de *Sangre de murciélago* fue para mí una revelación. El poder de sus imágenes y la riqueza eufónica de sus palabras me enseñaron de qué manera podía yo ser eso a lo cual aspiraba, en qué consistía en realidad lo de ser escritor. Más tarde leí todos sus libros y los admiré, pero me quedé con *Angurrientos*. No es esa una novela proletaria, como *La sangre y la esperanza*, de Nicomedes Guzmán, sino una novela subproletaria o, como dirían algunos hoy día, marginal o de la marginalidad. «Extramuros» se titula la sección que precede al relato, y esa palabra, puesta ahí, en el comienzo de la lectura, funciona como una advertencia respecto de la «zona de realidad» en la que estamos a punto de ingresar:

Apenas se deja el Cementerio Católico, y se sigue el callejón de Recoleta abajo, por donde se va a Conchalí, ha ido creciendo el barrio más allá de la muerte. Por el lado del cementerio, del cual asoman

las rechonchas estatuas de hombres graves, desenrollando pergaminos, o de ángeles rollizos entre los cipreses, nidos de presagios y guairaos, canturrean las sartenes su fritanga irremediable de los barrios pobres. Mujeres gruesas y despeinadas soplan las brasas, las mejillas sollamadas, y muestran la sierra gorda de sus senos pulposos. En la misma esquina, está el almacén 'El hombre feliz' donde beben su 'litriao' 'pa pasar la grasa de los muertos' los trabajadores del Cementerio Católico o los hombres hirsutos que suda la fábrica de calzado Ilharreborde, puesta detrás de los álamos que bordean el canal, cuyas aguas se tornan de sangre con los ácidos de la curtiembre⁹.

En esa zona, «por el callejón de Recoleta abajo», como escribe Godoy, que en la época de *Angurrientos* (y que al parecer es contemporánea con la fecha de publicación de la novela, 1939) era todavía un área semirrural, donde alternaban los obreros del cementerio y los del calzado con las putas, los vagos ciudadanos, los carretoneros y los gañanes desplazados o en vías de desplazamiento desde el campo a la ciudad, planta el novelista el escenario de su relato. Entre el personal que mencioné más arriba, los héroes serán los galleros, una turba indefinible de machos bestiales y alcohólicos, que se reúnen y solazan cada fin de semana en torno a la fiesta sangrienta. Es esa pasión de los gallos la que además le confiere su unidad a una estructura narrativa que de otro modo se hubiera roto en mil pedazos. Godoy no fue un fabulador de largo aliento: sus mejores historias son anécdotas, es probable que derivadas del folclore del lugar, y algunas de ellas soberbias, como la del matrimonio de borrachines que forman el Celso y la Herminia.

Pero lo esencial de todo esto es que a Juan Godoy no le interesa el contar para informar o denunciar sino el contar

para exhibir ante los ojos del lector un espectáculo plástico suntuoso, esto no a pesar de sino en o con la barbarie, la sangre y la mugre de los componentes que lo integran, espectáculo en cuyo brillo oscuro él cifra la grandeza de su trabajo y que por eso transporta sobre los andariveles de una prosa barroca, pletórica de efectismos diestramente contruidos y coleccionados y en todos los niveles de la estructura lingüística. No tengo que citar a Jakobson para decir que, junto con lo que el signo nombra, en *Angurrientos* importa el retorno del signo sobre su propia materialidad.

Pero la subversión insidiosa que del realismo treintayochista lleva a cabo Juan Godoy no se detiene ahí. No hay tampoco en *Angurrientos* la intención de representar el cotidiano chileno de una manera «seria» y «significativa», sino que, por el contrario, el cotidiano chileno se convierte por una parte en el pretexto de un desfile de criaturas y acciones esperpénticas, y por otra, en la causa de un desaliento corrosivo en la conciencia del narrador y en la de su *alter ego*, el protagonista de la novela, respecto de cualquier asomo de optimismo político o filosófico. Esto significa que la de Godoy es una realidad absurda, que no se compadece en absoluto con la ideología edificante del realismo crítico, progresista o como quiera llamársele, y mucho menos con la del realismo socialista, materialista histórico y confiado en que las leyes del adelantamiento necesario van a producir en alguna época futura la victoria de los pobres de la tierra. Edmundo, el protagonista de *Angurrientos*, es el joven estudiante que suele aparecer en las novelas del 38, eso es cierto, pero no es un adolescente revolucionario. Es un joven intelectual en el camino de su desintegración y el desenlace de la obra, cuando del bar «La Envidia» lo vemos salir convertido en un «semejante a los otros», es decir, en un guiñapo empapado en alcohol, «muerta la voluntad, muerto el deseo y el ansia de lucha», contiene la meta insoslayable de su

desempeño existencial. Más interesante todavía es que ese desenlace lastimoso coincida con la consumación del trabajo alegórico de la novela. En la escena que antecede a la que acabo de describir, Wanda, el objeto del deseo de los machos del barrio, degüella con una navaja de afeitar al sargento, el «giro padre-padrastro», el más apreciado de los plumíferos gladiadores:

«Cogió el gallo blandamente. Lo maniató de las espuelas. Apretó las patas del giro de riñas entre sus muslos desnudos y ahogándolo con una mano, empezó febrilmente a degollarlo. Sangre caliente bañada de acre, dulce opresión sus muslos mórbidos. Separada del cuerpo, la cabeza de la rijosa ave, al caer en el charco de su sangre, con débil chasquido viscoso, revolvió en blanco unos ojos congelados y fuese abriendo lentamente el pico, dejando paso a una lengua dura, parada de muerte»¹⁰.

Grínor Rojo de la Rosa (1941) es profesor, ensayista y crítico. Estudió en el Instituto Nacional y en la Universidad de Chile, y más tarde se doctoró en la de Iowa. Especialista en literatura latinoamericana, ha enseñado tanto en Chile como en el extranjero, en las universidades de Chile, Concepción, Austral de Valdivia, Católica, Estatal de California, Estatal de Ohio y la de Columbia, en Nueva York. Además, ha sido profesor visitante en la Nacional de Mar del Plata, en Argentina; en la Federal de Minas Gerais, en Belo Horizonte, Brasil; así como en las de Costa Rica y Nacional de Costa Rica.

Grínor Rojo dirige el Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos (CECLA) de la Universidad de Chile y es profesor titular de Literatura Chilena Moderna en pregrado y de Teoría Crítica en el posgrado en Literatura de dicha casa de estudios.

Autor de una abundante producción crítica, entre cuyos títulos vale distinguir: *Los orígenes del teatro hispanoamericano contemporáneo* (1972); *Muerte y resurrección del teatro chileno, 1973-1983* (Madrid, 1985); *Crítica del exilio. Ensayos sobre literatura latinoamericana actual* (1988); *Poesía chilena del fin de la modernidad* (1993); *Dirán que está en la gloria... (Mistral)* (1997); *Diez tesis sobre la crítica* (2001); *Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?* (2006); *Las novelas de la oligarquía chilena, 6 ensayos* (2011); *Clásicos latinoamericanos. Para una relectura del canon. El siglo XIX. Vol. I, El siglo XX. Vol. II* (2011); *Las novelas de la dictadura y la postdictadura, Vol. I: ¿Qué y cómo leer?, y Vol. II: Quince ensayos críticos* (2016).

Entre otras recompensas, su obra ha sido distinguida con el Premio Casa de las Américas de Ensayo Ezequiel Martínez Estrada 2009, por *Globalización e identidades nacionales y postnacionales... ¿de qué estamos hablando?»*. Finalista del Premio Altazor de Ensayo 2011 con *Discrepancias de Bicentenario*. Premio Altazor de Ensayo 2012 por *Clásicos latinoamericanos. Para una relectura del canon. El siglo XIX. Vol. I*.

Antonio Skármeta

Tuve una gran impresión de Juan Godoy. En ese tiempo compramos en el curso «El Gato de la Maestranza». Como me interesaba ya en el Instituto la literatura, era bastante activo cuando preguntaba algo, e incluso me iba conversando con él desde el segundo piso a la sala donde él tenía que dejar el libro de alumnos. Recuerdo que cuando

le conté que me gustaba escribir, me dijo que tenía que leer mucho antes de publicar algo. Me sugirió que leyera a Gogol y Chéjov. Tardé en hacerlo porque yo andaba entonces loco con Hemingway y Saroyan. Cuando leí a Chéjov un par de años más tarde, quise comentarle cuánto me había emocionado, pero nunca se dio la ocasión.

Releyendo a Juan Godoy, aprecio los riesgos que toma para hacer sus expresiones más elocuentes, y siempre lo logra con su toque de humor. Por ejemplo, se dice de un personaje, que sus amantes son nada más que «capillas», pero que otra cosa es su mujer: «*en su catedral crujiente de huesos, calmaba sus dolores de macho triste*».

Antonio Skármeta (1940) cursó las humanidades en el Instituto Nacional y su formación universitaria en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en donde estudió Teatro y Filosofía y obtuvo su diploma de profesor de Literatura. Beneficiario de una beca Fulbright, en 1964, prosiguió su formación en la Universidad de Columbia (Nueva York, Estados Unidos), que termina con la redacción de una memoria sobre Julio Cortázar. De regreso, obtiene en la Universidad de Chile el diploma de Pedagogía en Literatura, que ejercerá hasta el momento del golpe militar de 1973. Constreñido a partir al exilio, viaja primero a Argentina, luego a Estados Unidos y a Alemania Federal, en donde enseñará en la Academia Alemana de Cine y Televisión, de Berlín. De 2000 a 2003, es nombrado Embajador de Chile en Berlín.

Su producción literaria debuta temprano con el género del relato breve: *El entusiasmo* (1967), seguido de *Desnudo en el tejado* (1969), *Tiro libre* (1974), *Novios y solitarios* (1975). En tanto novelista, es autor, entre otros numerosos títulos (*No pasó nada*, 1980; *La chica del trombón*; 2001, *El baile de la*

victoria, 2003), de *Ardiente paciencia*, adaptada al cine, filme merecedor del Gran Premio del Festival de Biarritz de 1983. Su novela *La boda del poeta* (2001), recibe el Premio Médicis extranjero de 2001. En 2014, se le otorga el Premio Nacional de Literatura por el conjunto de su obra.

Manuel Silva Acevedo

A mí no me tocó tener a Juan Godoy como profesor en el Instituto, pero sí recuerdo haber leído con estremecimiento su novela *Angurrientos*. Ningún otro escritor de la generación del 38 ni de promociones posteriores alcanza ese grado de visceralidad y pulsiones vitales tan extremas como Godoy. Quizás Carlos Droguett, con su *Ñato Eloy*, y Nicomedes Guzmán, con su *La Sangre y la Esperanza* se aproximan al estilo crudo y feroz de Juan Godoy, para quien «el hambre voraz de ser es propio del chileno. El roto “angurriente” no deja nada en el plato de la vida, se lo come todo en un día. Come en exceso, bebe en exceso, ama en exceso, muere en exceso». Nada más lejos de su pluma que los afeites de una narrativa pequeñoburguesa que emergerá con la generación del 50. Hoy se echa de menos una escritura al hueso y sin aliños como la de Juan Godoy, cuya apetencia vital ha sido injustamente olvidada por décadas.

Manuel Silva Acevedo (1942), poeta de la llamada *Generación de 1960*. Estudió en el Instituto Nacional. Fue becado del Taller de Escritores de la Universidad Católica (1969). Trabajó durante 25 años como Creativo en publicidad. En 1990 abandonó esas labores, y comenzó su colaboración con la Editorial Universitaria, en donde, entre otras funciones, tomó a

cargo ediciones de poetas chilenos como Ángel Cruchaga Santa María y Max Jara.

Componen su obra poética los títulos siguientes: *Lobos y ovejas* (1976), Premio Luis Oyarzún en 1972, concurso organizado por la revista *Trilce* y la Universidad Austral; *Perturbaciones* (1967), *Mester de bastardía* (1977), *Monte de Venus* (1979), *Terrores diurnos* (1982), *Palos de ciego* (1986), *Desandar lo andado* (1988), *Canto rodado* (1995), *Houdini* (1996), *Cara de hereje* (2000), *Día quinto* (2002), *Bajo palabra* (2004), *Campo de amarte* (2006), *Lazos de sangre* (2011). Un cierto número de antologías publicadas en Chile o en el extranjero recogen selecciones de estos títulos. La obra poética de Manuel Silva ha merecido desde temprano reconocimientos y premios, entre los cuales: Libro de Oro 1977 para su libro *Mester de bastardía*; Premio del Círculo de Críticos de Valparaíso (2003) por *Día quinto*; Premio Jorge Teillier (Universidad de La Frontera, 2012), y sobre todo el Premio Nacional de Literatura de Chile (2016).

Federico Gana Johnson

¡Con sumo gusto recuerdo grandes enseñanzas de Juan Godoy!

Entre las más preciadas enseñanzas recibidas durante mi paso por el Instituto Nacional, sobresale el regalo de haber sido alumno de don Juan Godoy, quien nos guió, primero, por el campo de la palabra escrita, pero, fundamentalmente, nos hizo saber de otros derroteros. Jamás olvidé (y las tengo en mi bitácora de las anécdotas juveniles más preciadas) cómo don Juan permitió que nos acercáramos al gozo del aprendizaje libre y no académico.

Ocurría cada vez que había prueba de Castellano. Don Juan presentaba las preguntas y luego, haciéndonos ver que lo único que no aceptaría era la copia literal de las respuestas, se retiraba de la sala, con este comentario: «Comenten, discutan, conversen, saquen conclusiones. Para eso se quedan solos».

Y nosotros los niños, por ese arte de magia que siempre existirá, comprendíamos perfectamente que se nos estaba dando la posibilidad de volar, de imaginar, de ser libres. Quien nos abría así las puertas era este viejo profesor que llegaba apurado a clases, con su viejo abrigo gris y unos libros bajo el brazo, maestro al que estimábamos profundamente y con el que muchas veces nos topábamos en las fuentes de soda cercanas al Instituto. En ese ambiente leíamos *Sangre de murciélago* y nos cambiaba la manera de ver la vida. Hasta hoy, cuando ya la hemos vivido.

Fue en Cuarto o Quinto Año de Humanidades cuando olvidé asistir a un examen de Castellano de final de curso. Vaya olvido. Cuando al día siguiente aparecí por el liceo, supe que había aprobado el examen y que don Juan me había defendido ante la Comisión examinadora:

«Este joven usa la pluma. Bajo mi responsabilidad y en su ausencia, yo lo apruebo», había sentenciado.

Se lo agradecí y se lo sigo agradeciendo. De veras, don Juan Godoy es uno de los mejores tesoros que anido de mi juventud buscadora de ejemplos que sirven para mirar el día a día durante toda la existencia.

Federico Gana Johnson (1942) es periodista y escritor, con décadas de ejercicio profesional periodístico tanto en medios escritos nacionales e internacionales y televisión, como en Comunicaciones y Relaciones Públicas en empresas de la Gran Minería del Cobre chilena. Habitualmente participa como miembro del jurado en concursos nacionales y es asiduo guía de

talleres literarios, especialmente en liceos de educación secundaria. Su creación literaria se ha manifestado en especial en el género del cuento a través de publicaciones tales como *Los amantes del aire*, *El pescador de alegrías*, *Algunas verdades*, *En mi lugar* (*Catorce cuentos confesados*). Entre sus publicaciones no estrictamente literarias se cuentan: *Libro conmemorativo del Bicentenario del Instituto Nacional*, *Reencuentro con Federico Gana* (novelista fundador del criollismo chileno, abuelo de Federico), proyecto seleccionado por el Consejo de la Cultura y las Artes).

Leonardo Barceló Lizana

Hace poco más de cincuenta años, hacia 1965, tuve la suerte de ser alumno del gran escritor chileno Juan Godoy. Fue mi maestro por tres años de la asignatura de Técnica de la Expresión en el entonces Instituto Pedagógico Técnico de la Universidad Técnica del Estado, de la Calle Ecuador. A través de sus lecciones pudimos conocer a los autores rusos Chejov y Turgueniev, así como también analizar la obra del mexicano Alfonso Reyes *La experiencia literaria*, y aquellas de tantos autores chilenos de la generación del 38.

Como profesor, Juan Godoy suscitaba a su alrededor una fuerte empatía con sus estudiantes; esperábamos sus clases con la certeza de que habríamos asistido, en cada ocasión, a una verdadera conferencia sobre el tema abordado, y esto en un clima de gran simpatía. Era un maestro no sólo a nivel de su inigualable prosa, que alcanzó las altas cimas de nuestra literatura, sino que era también un comunicador de primer orden, tanto a nivel de su expresión verbal, de su erudición y conocimiento pedagógico, como de su ingenio y picardía, cualidades que nos deleitaban.